

(Transcripción)

Rocca di Papa, diciembre de 1978

Palabra de Vida

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5)¹.

¿Te imaginas un sarmiento separado de la vid? No tiene porvenir ni esperanza alguna, no tiene vitalidad y no le queda más remedio que secarse y ser quemado.

Piensa a qué muerte espiritual estás destinado, como cristiano, si no permaneces unido a Cristo. ¡Da miedo! Es la esterilidad completa, aunque estés ocupado de la mañana a la noche, aunque creas que eres útil a la humanidad, aunque los amigos te aplaudan, aunque aumenten tus riquezas, aunque hagas sacrificios considerables. Puede que todo esto tenga sentido para tí aquí en la tierra, pero no tiene ningún significado para Cristo y para la eternidad. Y es esa la vida que más importa.

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada"

¿Cómo puedes permanecer tú en Cristo y Cristo en ti) ¿Cómo puedes ser un sarmiento verde y lozano que está unido a la vid?

Ante todo hace falta que tu crea sen Cristo. Pero eso no basta. Tu fe debe influir en la realización concreta de tu vida. Es decir, debes vivir de acuerdo con esta fe, poniendo en práctica las palabras de Jesús.

Asimismo no puedes descuidar aquellos medios divinos que Cristo te ha dejado, mediante los cuales obtienes o adquieres de nuevo la unidad con El, que puede haberse roto eventualmente.

Y, además Cristo no te sentirá bien unido a El, si no te esfuerzas por estar injertado en tu comunidad eclesial, en tu Iglesia local.

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada "

"El que permanece en mí y yo en él ".

¿Te das cuenta de que Cristo habla de tu unidad con El, pero también de su unidad contigo? Si tú estás unido a El, El está en tí, está presente en lo más íntimo de tu corazón y de aquí nace una relación y un coloquio de amor recíproco, una colaboración entre Jesús y tú, que eres discípulo suyo.

Y ésta es la consecuencia: dar mucho fruto, exactamente igual que un sarmiento bien unido a la vid da racimos sabrosos.

"Mucho fruto" significa que serás favorecido con una verdadera fecundidad apostólica, es decir, con la capacidad de abrir los ojos de muchos a las singulares y revolucionarias palabras de Cristo y podrás darles la fuerza para seguirlo. "Mucho fruto" significa también que sabrás suscitar y construir obras pequeñas, o grandes, para aliviar las más variadas necesidades del mundo, según los carismas que Dios te ha dado.

¹ Palabra de vida, febrero de 1979, publicada en *Ser Tu Palabra. Chiara Lubich y Cristianos de todo el mundo.*

“Mucho fruto” significa "mucho", no "poco". Y esto quiere decir que sabrás llevar a la humanidad que te rodea una corriente de bondad, de comunión y de amor recíproco.

(...)

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada "

¿Te has dado cuenta de que Jesús no pide directamente el fruto, sino que lo ve como consecuencia del “permanecer” unidos a El?

Puede ser que tú también caigas en el error en que muchos cristianos se encuentran: activismo, activismo, obras y más obras por el bien de los demás, sin tener tiempo para considerar si están en todo y por todo unidos a Cristo.

Es un error. Parece que se da fruto, pero no es el fruto que Cristo en ti y Cristo contigo podría dar.

Para dar un fruto duradero, que tenga el sello de lo divino, es necesario permanecer unidos a Cristo, y cuanto más unido estés a El, mayor fruto darás.

Además, este verbo usado por Jesús, “permanecer”, no da tanto a idea de momentos en los que se da fruto, sino de un estado permanente de fecundidad.

De hecho si conoces a personas que viven así, verás que quizás con una simple sonrisa, con una palabra, con el comportamiento normal de cada día, con su actitud ante las distintas situaciones de la vida, tocan los corazones hasta hacerles, a veces, volver a encontrar a Dios.

Los santos han sido así.

Pero no tenemos que desanimarnos, ni siquiera nosotros. También los cristianos normales pueden dar fruto. Escucha.

Tu sabes que hoy día le mundo estudiantil está muy politizado, y deja poco lugar a los que quisieran ser útiles a la humanidad partiendo de otras motivaciones.

Estamos en Portugal. María del Socorro, terminado el liceo, ha entrado en la universidad. El ambiente es difícil. Muchos de sus compañeros luchan siguiendo la propia ideología, y cada uno quiere arrastrar tras de sí a los estudiantes que aún no se han pronunciado.

María sabe bien cuál es su camino, aunque no sea fácil explicarlo: seguir a Jesús y permanecer unida a El. Sus compañeros, que no conocen nada de sus ideas, la califican de amorfa y sin ideales. Alguna que otra vez ha sentido respeto humano, sobre todo al entrar en la iglesia. Pero ella sigue yendo allí, porque siente que tiene que permanecer unida a Jesús.

Se acerca Navidad. María se da cuenta de que entre ellos hay algunos que no pueden ir a sus casa porque viven lejos, y les propone a los demás compañeros el hacer juntos un regalo a aquellos que no se pueden marchar. Con gran sorpresa por su parte, todos aceptan en seguida.

Más tarde llegan las elecciones y, otra gran maravilla, es elegida, precisamente ella, la representante de su curso. Pero el estupor es mayor aún cuando oye que le dicen: “Es lógico que hayas sido elegida tú, porque eres la única que tiene una línea precisa, que sabe lo que quiere y cómo hacer para realizarla”. Ahora algunos se han interesado por su ideal y quieren vivir como ella.

Un buen fruto de la perseverancia de María del Socorro en el permanecer unida a Jesús.

Chiara Lubich